



Las hadas sin corazón



Ana Rosenrot



1

*L*a malvada bruja, haciendo uso de sus perversos poderes, hechizó a la hermosa princesa. Sopló sobre ella su aliento envenenado y la doncella se desmayó en el acto. Ya nadie volvió a verla reír; ni sus hermosos ojos castaños volvieron a posarse en el rostro de su amado príncipe. Permaneció postrada inmóvil, sumida en un sueño del que no volvería a despertar.

La bruja la encerró en una torre de plata y marfil y realizó un conjuro sobre la cerradura para que nadie pudiera abrirla. A partir de entonces se convirtió en la princesa encantada, y el príncipe, con el que se iba a desposar, lloró amargamente durante cien días y cien noches repitiendo una y mil veces su promesa de amor, mientras que la bruja sonreía malévolamente sin que un atisbo de compasión se asomara a sus ojos.

La puerta de la inmobiliaria se abrió dejando entrar una bocanada de aire caliente. Laura se alegró infinitamente de contar con un buen aire acondicionado en la oficina, aunque reconocía que no le hubiera importado pasar un poco de calor con tal de terminar su tediosa jornada laboral que los días de verano se le antojaba más larga de lo habitual.

Su jefe había entrado de buen humor, canturreaba a la par que su sonrosado rostro expresaba alivio al sentir el fresco de la oficina. Saludó cordialmente a Laura y a su compañero y se metió en su despacho.

—Hoy parece que viene de buen humor —murmuró Esteban guiñándole un ojo amistosamente a Laura que sonrió sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador.

5

Quería cerrar lo antes posible el preacuerdo de compra-venta de un apartamento de la zona norte de Madrid. Su jefe le había prometido un par de días libres adicionales si lo conseguía y estaba a punto de lograrlo, siempre y cuando el comprador no se echara atrás en el último momento, aunque estaba segura de que eso no ocurriría. Había recurrido a su mejor sonrisa y, por qué no decirlo, a un leve coqueteo con el comprador para conseguir convencerle del todo. Suspiró cansada mientras imprimía el contrato, estaba deseando salir para fumar un cigarro. Ahora tan sólo era necesaria la firma y listo.

— Ese contrato te supondrá una buena comisión — comentó, no sin un leve tono de envidia, su compañero Esteban, un hombre de mediana edad, corpulento y que llevaba en sus venas un comercial en toda regla. Justo lo contrario de lo que le ocurría a Laura, que tras terminar la carrera de Económicas, el trabajo en una inmobiliaria era lo más decente que había podido conseguir y, en espera de algo mejor, allí seguía. Imaginaba que a sus treinta y un años cualquier empresa podría considerar que tenía experiencia suficiente como para optar a un puesto mejor, y por eso no había dejado de enviar curriculos a todas las ofertas de empleo que le parecían interesantes.

— Eso espero, pero no lo suficiente como para pagar unas buenas vacaciones — contestó ella con una sonrisa.

— ¿A dónde piensas ir este año?

— A cualquier sitio lejos de aquí, quiero perderme en alguna isla desierta — respondió levantándose y dirigiéndose a la impresora.

Esteban contempló su cuerpo joven y esbelto enfundado en una blusa blanca que oprimía sus senos y una falda estrecha que marcaba sus formas. Suspiró con nostalgia, él sólo aspiraba a pasar una semana en algún pueblo de la costa, no demasiado caro porque unas vacaciones con su mujer y los tres niños suponían un gasto excesivo. Se recreó en el cuerpo de su joven compañera ahora que estaba inclinada sobre la impresora y podía ver el comienzo de sus blancos pechos. No hubiera dudado ni un segundo en tener una aventura con ella, de hecho incluso lo intentó cuando Laura comenzó a trabajar allí, le encantaba la mezcla de profesio-

nalidad y la inocencia que emanaba de su flequillo infantil, pero ella dejó las cosas bastante claras al respecto. Suspiró nuevamente con la certeza de que Laura le hubiera aportado un extra a su vida, pero tendría que conformarse con su monótona existencia de padre de familia.

—Salgo a fumar —anunció levantándose pesadamente—
¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias.

Cuando Esteban salió a la calle sintió en su rostro una bofetada de calor que le hizo pensar que mejor que un cigarro sería una cerveza fría en el bar de la esquina.

Laura cogió el contrato y se dirigió al despacho de su jefe.

—Bien —dijo el hombre con una sonrisa. Laura admiraba el autocontrol de aquel hombre que mantenía el nudo de su corbata ajustado con total elegancia, sin permitirse un mínimo de informalidad ni siquiera en días tan calurosos como aquel—. Se te da muy bien esto —prosiguió con satisfacción—, la pena es que no nos encontremos en el mejor momento para vender, pero bueno... todo se arreglará —dijo con optimismo— y te propondré para dirigir una de las oficinas —anunció con convencimiento.

La joven sonrió con desgana, había escuchado aquella promesa muchas veces antes.

—Mañana mismo llevaré el contrato, no quiero que ni el comprador ni el vendedor se lo piensen —respondió obviando la promesa.

—Me parece estupendo, de todas maneras tengo otro encargo para ti.

—¿Para mí?, ¿por qué no lo hace Esteban? Creo que le vendría muy bien la comisión —se extrañó Laura.

—Sí, no lo dudo, además Esteban es un consumado negociador, pero creo que esto es más adecuado para ti. Hay una propiedad en la sierra, tú conoces la zona y podrías acercarte.

—Pero me prometió un par de días libres, pensaba llevar el contrato y marcharme —se quejó la joven.

El dueño de la inmobiliaria sonrió al ver el gesto de frustración en su bonito rostro.

—No te preocupes, tan sólo te llevará un rato, después podrás disfrutar de un largo fin de semana.

«Bueno, es mejor que nada», pensó la joven conformándose.

—¿Cómo se llama el pueblo? —preguntó con hastío mientras se preparaba para tomar nota en un post-it que cogió de la mesa de su jefe.

—Tengo aquí los datos —el hombre rebuscó en una carpeta—. Al parecer se trata de un chalet bastante grande que ha estado años vacío. Un comprador se fijó en él y nos ha pedido que le hagamos una oferta al dueño que no está convencido de vender la casa, pero ¿para qué la quiere si no va nadie allí?

—Tal vez sea parte de una de esas herencias familiares en la que hay varios dueños —supuso Laura mientras intentaba infructuosamente que el bolígrafo escribiera.

—No hay problema con eso, tampoco ninguna carga ni deuda. He quedado con el dueño en que le visitarías mañana, no está cerrado del todo a la venta y eso es buena señal, dependerá de la oferta; así que tendrás que convencerle.

—Sí —Laura seguía peleándose con el bolígrafo hasta que por fin cogió otro— ¿El nombre del pueblo? —insistió.

—Es un bonito pueblo de la sierra, me dijiste que tus abuelos tienen una casa por aquella zona, ¿no? Al parecer hay montañas, bosques, ríos... un verdadero encanto —enumeró sin mucho convencimiento pues la vida rural no era lo suyo—. Espinar de la Jara.

Laura levantó la cabeza, sorprendida, ¿Espinar de la Jara?

—¿Qué pasa? —preguntó el director de la inmobiliaria—, ¿no lo conoces?

—Claro que lo conozco, ese es mi pueblo —contestó ella con cierto malestar.

—¡Vaya!, ¡eso sí es casualidad! No sabía que precisamente era tu pueblo. Eso facilitará mucho las cosas y podrás convencer más fácilmente al dueño, ¿no crees? —preguntó entusiasmado.

Laura no compartía aquella alegría, es más, le había producido una desagradable sensación, ¿volver a Espinar de la Jara? Salió del despacho con gesto de abatimiento, no le apetecía lo más mínimo regresar allí.

—De manera que te vas y no vuelves hasta el lunes, ¿no? —le preguntó Esteban que había vuelto a la oficina— Supongo que será una buena oportunidad para pasar unos días con tu novio —dijo experimentando envidia por aquel desconocido con el que Laura hablaba de vez en cuando por teléfono y con el que suponía que mantenía algún tipo de relación.

—¿Con mi novio? —se sorprendió mientras jugueteaba con el colgante que llevaba en el cuello—, ¿qué novio?

—Bueno... no sé —estaba confuso—, con ese con el que hablas por teléfono y que mantienes escondido como si se tratara de un oscuro secreto —bromeó.

Había pensado en innumerables ocasiones que debía tratarse de un hombre casado y eso le daba más morbo al asunto. Contempló el rostro de la joven, ensombrecido por una sensación de malestar.

—Sí, bueno... es un amigo —respondió ella con el ceño fruncido mientras cogía unos papeles—. Tengo que ir a mi pueblo, ha surgido una posible venta de un chalet.

—Pues si yo fuera ese amigo no me importaría nada en absoluto pasar esos días contigo en tu pueblo o en una aldea perdida.

Laura contempló a su compañero. Aunque hacía años que le había parado los pies, estaba segura de que mantenía el mismo deseo hacia ella. El sonido de su móvil la sacó de sus pensamientos. Lo miró de reojo, vio el nombre de «Miguel» en la pantalla táctil, frunció el ceño y cortó la llamada.

—Tu «amigo», ¿no? —Esteban sonrió.

—Tengo que irme o me pasaré el fin de semana trabajando — Laura evitó contestar y se puso a recoger sus cosas para marcharse.

El calor de julio en Madrid era sofocante, el asfalto parecía deshacerse bajo sus pies y perdonó el cigarro que tenía pensado fumar con tal de resguardarse del sol. Laura se dirigió a su coche; fue como entrar en un horno. Rápidamente puso el aire acondicionado, pero no pudo evitar sentir sus pulmones inundados de aire caliente y el volante ardiendo bajo sus manos.

El teléfono sonó, era Miguel nuevamente. Esta vez lo cogió.

—Hola. Sí, acabo de salir —contestó ella a su pregunta—. No, no puedo. De verdad, no puedo —dijo seriamente a su interlocu-

tor que parecía insistir—. Iré a casa a recoger unas cosas y mañana temprano me marcharé, tengo trabajo en... mi pueblo.

Cuando colgó se mordió pensativamente los labios sin soltar el teléfono. Tenía que acabar con aquello cuanto antes. Al principio y durante algún tiempo había resultado divertido, pero ya no lo era.

El coche ya se había enfriado lo suficiente como para poder conducir. Estaba deseando llegar a su casa y darse una ducha bien fría, se sentía sudorosa y se le pegaba la ropa al cuerpo. Circuló con lentitud armándose de paciencia, era hora punta y el inevitable atasco en el Paseo de la Castellana amenazaba con mantenerla atrapada en la ciudad.

El frescor y la oscuridad de la entrada del edificio antiguo donde residía le hicieron estremecerse agradablemente. Era un lujo vivir en ese inmueble en la calle de Goya, el corazón del Madrid más distinguido. A pesar de la bajada de precios tras el estallido de la burbuja inmobiliaria, no cabía duda de que un piso así seguía costando una fortuna y solo para bolsillos privilegiados.

Era evidente que tenía una visión práctica de lo que le rodeaba, tal vez fuera deformación profesional. Saludó cordialmente al portero de la finca y se dirigió al ascensor del siglo XIX cuya reja se abrió suavemente pero sin chirriar. Laura sonrió, ese ascensor era la niña mimada del portero y todos los días engrasaba los engranajes y frotaba la madera para que luciera perfectamente. Mientras subía a la planta cuarta, Laura contempló a través de los resquicios del ascensor, las vidrieras de colores de los rellanos de las plantas anteriores, que siempre le habían resultado sugerentes por sus escenas florales o personajes modernistas que desde niña la habían transportado a historias que su mente imaginaba.

Un pequeño salto le hizo saber que había llegado a su destino. Entró en la casa, dejó el bolso en cualquier lado y suspiró dirigiéndose directamente al cuarto de baño mientras se iba quitando la blusa y pensaba en lo agradable que resultaba tener esa inmensa casa para ella sola. En realidad era la casa de sus padres, en donde ella y su hermana Miriam habían vivido desde siempre. En un primer momento, y tras terminar sus estudios, le pareció maravilloso abandonar el hogar paterno y compartir un pequeño y austero

piso con dos amigas; parecía divertido y lo fue. Disfrutó de independencia, risas, confianzas... como vivir en un campamento de verano, pero pronto se dio cuenta de las incomodidades que conllevaba, como aquella vez que se encontró durmiendo desnudos en el salón a una de sus amigas y su novio de esa semana, o el día que descubrió su parte de la nevera vacía o las consabidas peleas por quién tenía que limpiar el cuarto de baño esa semana. La independencia, que en un primer momento había deseado tanto, se volvió en su contra y cuando sus padres anunciaron que se iban a vivir a Suiza, a Ginebra, hasta que su padre terminara un proyecto de arquitectura, no se lo pensó dos veces.

—¿De verdad quieres volver a vivir en casa? —le había preguntado Miriam con desdén dos años atrás.

—¿Por qué no? No está tan mal, lo pasamos bien allí de niñas, ¿no? Y ahora tendré la casa para mí sola.

Miriam hizo un gesto desdeñoso mientras se miraba las manos admirando su exquisita manicura. A ella le parecía un horrible retroceso volver a casa de sus padres, consideraba que eso era de fracasados, y a ella, por fortuna, no le ocurriría eso. Estaba casada con un atractivo y exitoso ingeniero que ganaba lo bastante como para que ella y sus dos hijas vivieran como reinas en La Moraleja. Miró con conmiseración a su hermana pequeña, era dos años mayor y siempre se había considerado superior a ella; la prueba era que a su edad no tenía ninguna relación estable, no había conseguido un trabajo acorde con sus estudios, en fin... una fracasada, todo lo contrario a ella.

Aún se estaba secando el pelo cuando el timbre le anunció que alguien estaba en la puerta. Cuando Laura entreabrió la enorme mirilla redonda semejante a un rosetón gótico, se encontró con la visión del envase de su helado preferido. No pudo evitar una sonrisa y abrió la puerta.

El helado lo sostenía un hombre de unos treinta y cinco años, varonil, trajeado, de sonrisa provocativa y ojos seductores.

—Te dije que no podía quedar hoy —le recriminó ella dejándole entrar.

—Lo sé, pero ya sabes que sigo mi propia intuición —contestó el hombre entrando con seguridad en la casa.

—Y tus propias reglas —añadió ella retrocediendo.

El hombre sonrió mientras le abría el albornoz y la contemplaba con gesto satisfactorio.

—Creo que he venido justo en el momento adecuado —susurró atrayéndola hacia él y aspirando el aroma a champú que emanaba de su nuca.

—¿Es que no tienes que trabajar hoy? —preguntó Laura intentando zafarse.

—Tengo una reunión esta tarde —murmuró—, pero dispongo de casi una hora libre —comenzó a besarla apresuradamente mientras sus manos la despojaban del albornoz y la dejaban desnuda entre sus brazos.

—No puedo... en serio —gimió ella—, tengo... que recoger, mañana tengo que ir...

—Ya me lo has dicho antes —dijo mientras se deshacía el nudo de la corbata sin prestar atención a sus quejas.

Llenó la boca de ella con su lengua para acallarla y Laura sintió cómo toda su fuerza de voluntad se venía abajo. Él también lo sintió y sonrió.

—Sabes que lo deseas tanto como yo, ¿por qué intentas resistirte? —susurró.

Ambos atravesaron el salón hacia las habitaciones y el hombre, sonriendo, le indicó una de las puertas. Laura nunca había entendido aquel deseo morboso de hacerlo en la habitación de sus padres. A veces le costaba entender la dependencia física que sentía hacia Miguel, pero no podía evitar caer en sus brazos en cuanto él lo deseaba, así que, como otras muchas veces, sucumbió a sus encantos, a sus susurros aterciopelados, a sus besos adictivos, a su maestría como amante y al placer que le proporcionaban aquellos morbosos encuentros.

Hora y media más tarde, Laura, metiendo la cucharilla en el envase de helado de nata y caramelo a medio derretir, contemplaba en silencio el atlético cuerpo del hombre mientras se vestía. Su cuerpo estaba bien moldeado por el trabajo en el gimnasio y no

desentonaba con su rostro varonil y seductor. Laura imaginaba que la misma determinación y seducción que utilizaba en el terreno amoroso le serviría en los negocios. ¿Había dicho terreno amoroso? Eso había sido un error, entre ellos dos había cualquier cosa menos amor y ambos lo sabían. Se reafirmó en su idea de terminar con esa perniciosa relación... el lunes... Era como empezar una dieta, siempre se deja para el lunes pero durante el fin de semana se caía en la tentación más absoluta, y cuanto más prohibida, más deliciosa.

Miguel terminó de ajustarse la corbata y comprobó la hora en su caro y lujoso reloj.

— Es tarde, me haces perder la noción del tiempo — murmuró con una sonrisa mientras depositaba un beso delicado en los labios de Laura, que permanecía desnuda en la cama con las piernas cruzadas y saboreando el helado.

— Tenemos que terminar con esto — contestó la joven intentando que su voz sonara lo más convincente posible.

— Llevas meses diciendo lo mismo — repuso él sin darle importancia —, ¿qué vas a hacer mañana? — preguntó sin mirarla mientras comprobaba que la corbata estaba perfecta.

— Ya te he dicho que tengo que trabajar — Laura frunció el ceño advirtiendo la poca importancia que Miguel daba a sus palabras —. Tengo que llevar un contrato y luego tengo que ir... al pueblo.

— Ah sí, es cierto... — dijo de manera distraída confirmando de esta manera las sospechas de Laura de que para Miguel, ni ella ni lo que decía tenía la más mínima importancia — ¿al pueblo de tus abuelos?, ¿para qué? Hace años que no vas allí — preguntó pareciendo reaccionar de repente. A Miguel no le interesaba el mundo rural en absoluto, a pesar de haber pasado muchos veranos de su adolescencia en un pueblo cercano a Espinar de la Jara.

— Ha surgido una posible venta de un chalet. La inmobiliaria no puede dejar pasar ninguna oportunidad.

— Es cierto, son tiempos complicados... al menos para los demás — corroboró con un deje burlón. Se volvió y la contempló con una sonrisa —. Tengo que irme ya, aún tengo mucho trabajo y mañana quiero tomarme la tarde libre. Les prometí a las niñas que las

llevaría al cine, tus sobrinas han estado dándome la tabarra toda la semana, no les puedo fallar.

Laura sonrió con cansancio, no podía decir que fuera un mal padre, todo lo contrario. Esa era una de las causas por la que quería terminar con aquella relación malsana que no le aportaba nada, aparte de placer y sentimiento de culpabilidad.

Cuando Miguel se marchó de la casa, Laura suspiró y se dejó caer nuevamente en la cama. Contempló el alto techo de la habitación de sus padres con sus molduras decorativas mientras jugueteaba con su colgante de plata con forma de media luna. Aún perduraba en la almohada el olor a él y se preguntó lo que tantas veces se había preguntado tras compartir unas horas de placer con Miguel: ¿qué pensaría Miriam si se enterara de lo que ocurría entre ella y su marido? Probablemente se echaría a reír, ¿su hermana Laura que siempre había ido a remolque de ella, a cuyos novios le había encantado seducir por el simple placer de demostrarle que ella era más guapa y más simpática? Laura no pudo evitar apretar las mandíbulas, estaba convencida de que Miriam ni siquiera contemplaba aquella posibilidad y eso la enervaba y era una de las razones por las que seguía con Miguel y por la que había comenzado aquella relación, aunque no fue en absoluto premeditado. Surgió sin que ella lo esperara.

Comenzó dos años antes, justo cuando sus padres decidieron marcharse a Ginebra y ella volvió a su casa. Miguel se ofreció a ayudarla con la mudanza y en su fantástico y enorme Audi Q7 metieron toda su ropa, sus libros, los dibujos de su abuela, sus recuerdos de viaje y la satisfacción de dejar atrás su mini habitación compartida con sus amigas.

Miguel fue atento con ella, se conocían desde hacía tiempo, cuando comenzó a salir con su hermana Miriam, de eso haría casi diez años y tuvo que admitir que se sintió celosa, ¿por qué su hermana siempre atraía a los hombres más guapos e interesantes? No había conocido ninguno que se resistiera a su belleza, incluidos sus propios novios. Laura recordaba a un par de chicos que la cambiaron sin contemplaciones por Miriam, claro que el éxito de Miriam no se debía tan sólo al óvalo perfecto de su cara, a su

espectacular melena rubia, a sus labios sensuales y su mirada pícaro, también se debía a su carácter extrovertido y su innata coquetería, a la forma que tenía de atraer y provocar a los hombres con sutiles insinuaciones; eso se le había dado siempre bien, desde que eran adolescentes. Y Laura había tenido que asumir su papel de segundona, pues donde su hermana aparecía brillando como una estrella, ella se convertía en una sombra desvaída y carente de atractivo.

La tarde que Miguel la ayudó a llevar sus cosas se sintió bien, siempre le había parecido enormemente atractivo, seguro de sí... el exponente de un hombre de éxito. Miriam y él hacían una buena pareja, pero no sólo por su aspecto exterior, sino porque ambos compartían la misma manera de entender la vida: cócteles, reuniones sociales, viajes... aparentaban una pareja perfecta, una familia perfecta. Miriam no habría podido soportar otro estilo de vida que no fuera jugar dos veces a la semana al tenis en el club, llevar a las niñas a equitación y disponer de una saneada tarjeta de crédito que le permitía acudir todas las semanas al spa tras su acostumbrada jornada de compras. Por su parte, Miguel necesitaba a su lado una mujer culta, pero no más que él, bonita y que supiera moverse en los ambientes adecuados, por eso le sorprendió tanto que, sin que nada pudiera hacerla sospechar, aquella tarde Miguel la abrazara y la devorara con sus besos. Al principio se sintió atemorizada, no entendía lo que estaba ocurriendo, ¿era el marido de su hermana!, ¿su cuñado! Pero en ese mismo momento le vino a la memoria las veces que Miriam le había quitado algún novio solo por el placer de hacerlo y sintió el dulce sabor de la venganza.

«Sabes que lo deseas tanto como yo», era la frase mágica que Miguel utilizaba para exacerbarla, y la primera vez que se la susurró al oído fue como si se abriera un volcán en su interior y decidió lanzarse dentro. Sus esporádicos encuentros se habían mantenido en el tiempo con cierta asiduidad desde hacía dos años, pero lo que en un principio fue divertido, casi como una travesura, había acabado pasándole factura y el sentimiento de culpa amenazaba con acabar con ella.

Laura y Miguel nunca habían tenido una conversación seria sobre lo que ocurría entre ellos, únicamente se limitaban a quedar a la hora de la comida o después del trabajo. ¿Qué había que hablar en realidad? La verdad es que nada. Miguel era frío y calculador, Laura lo sabía, tenía una gran necesidad de dominio y control y estaba convencida de que más que sentirse atraído por ella, era la situación lo que le excitaba, ¿qué mejor para sentir la adrenalina correr por tus venas que acostarte con tu cuñada en la cama de tus suegros? Aún recordaba las últimas comidas con sus padres en la casa cuando habían vuelto de Ginebra para algún cumpleaños o en Navidades... era grotesco estar todos allí sentados como una familia normal y sintiendo las miradas provocativas de Miguel sabiendo lo que ocurría entre ellos dos veces por semana. En algunos momentos Laura se había sentido asqueada, pero no podía cortar con Miguel porque... ¿por qué? No lo tenía muy claro, tal vez fuera simple enganche sexual o dependencia, pero estaba próxima a caer en una espiral demasiado peligrosa; con él había experimentado un sexo salvaje, muy diferente a lo que había conocido en otras relaciones, incluso habían rozado cierto sadismo y para su sorpresa no le había disgustado. Sabía que Miguel podría destrozarla en cualquier momento, justo cuando esa situación dejara de producirle morbo, de excitarle el dominio que tenía sobre ella, entonces, ¿qué sería de ella? Era ese el motivo fundamental para cortar por lo sano con la relación, con el sexo perverso que la estaba devorando; tenía que conocer a más gente y no dejar que Miguel fuera el centro de su mundo.